

las familias, á los niños educandos, caminos de perdicion eterna, y los empujen por ellos, y casi los precipiten á fuerza en la irreligion y en sus desgracias inherentes é indeclinables.

¿Cuál es el tipo mas execrable de tiranía? Segun los principios sentados. y las demostraciones de la historia, es el que reúne la peor especie de cada clase: es decir, una tiranía religiosa, constituida en ley y base de un estado, ejercida por una muchedumbre ignorante, viciosa y desatentada.

VII.

La tiranía monárquica.—Educacion regia.—La uniformidad del poder es medio espedito de bien ó de mal para los pueblos.

TIENEN algunos la preocupacion de que todos los monarcas son tiranos; y de que nunca lo pueden ser los gobiernos democráticos. La Filosofía y la Historia contradicen esta ilusion. Los monarcas son susceptibles de tiranizar á sus pueblos: y cuando se pervierten en sus ideas, es inevitable que se vuelvan tiranos.

Los monarcas son la personificacion de las naciones: de tal suerte hay entre los estados y sus reyes ó emperadores una solidaridad natural y permanente, que la gloria ó la infamia de los monarcas, es la infamia ó la gloria de sus monarquías, como las de sus grandes hombres. Los reyes que por derecho hereditario ejercen la potestad civil, se miran y están en realidad en una esfera superior, no por la naturaleza, sino por la ley; no por su caracter humano, sino por su derecho político. Susceptibles de emulacion, de honor, de aspiraciones, no entran en competencia con los hombres ó partidos de su nacion, á quienes miran

como inferiores, sino con otros soberanos de otras naciones. Con ellos compiten, con ellos entran en cierta emulacion internacional, en una aspiracion de potencia á potencia. Temen la crítica de sus consoberanos, mas que la de sus compatriotas: consagranse al engrandecimiento de sus pueblos, para aventajarse á los soberanos negligentes y perezosos ó ineptos. La ambicion de mando, poco puede agitar al que le tiene por el derecho público y reconocido de gobernar. Las riquezas tienen escaso influjo, en el que posee las bastantes en sus rentas, y un poder social y un porvenir histórico, que no dan de suyo los millones atesorados. Las pasiones de partido son como impotentes en aquel que es superior á todos los partidos, que los manda á todos, y está en la posibilidad y libertad de juzgar á sus hombres y sus doctrinas, y de coger entre ellos y ellas lo que mas cuadre á la dicha de los pueblos. Son los reyes, mas bien una institucion que una persona.

En las monarquías hereditarias se sabe muy anticipadamente quién ha de suceder en el gobierno al que lo ejerce. Habita en su palacio un niño, que despues de mas ó menos años, será el gefe de la nacion. Con esta certeza se dispone su educacion á propósito, para quien ha de vivir gobernando á su patria, y no tendrá mas ocupacion que trabajar en su felicidad. Escógese un maestro, no solo de indisputable probidad, sino de ciencia y prudencia acreditadas; de larga experiencia en los asuntos públicos. Al futuro gobernante se le instruye en la Religion, sin la que todos los otros estudios son vanos ó perniciosos: en la Historia, que es maestra de los gobernantes y

biografía del género humano, donde se miran los efectos de los diversos métodos de gobierno; los resultados de distintos principios de legislacion ensayados en otras acciones; donde se eleva el ánimo y se aprende á salir del mezquino ecreeo de las pasiones individuales ó de faccion. Se le instruye con cuidado en la legislacion, sobre la cual ha de trabajar; ora para ponerla en vigor, ora para enmendar lo que las necesidades públicas reclamen, ora para añadir lo que falta y aconseja una recta y exquisita prudencia. De este modo se han formado las lucidas galerías de grandes gobernantes y la escuela práctica de esa política tradicional y como invariable, que observamos en las naciones de Europa.

Así se han hecho aquellos gobernantes educados por Bossuet y Fenelon, por Saavedra y Mariana. Para esos se han escrito libros tan clásicos como el *Telémaco*; tan luminosos como el *Discurso sobre la Historia Universal*; tan doctos como la *Corona gótica*; tan discretos como las *Empresas políticas*. Los consejos, los ejemplos, las advertencias van dirigidas juntamente al entendimiento y al corazon del jóven escogido, que la nacion destina para gobernar á tantas gentes de índole, carácter, educacion, cultura y clases diferentes. La educacion de un príncipe es un curso teórico-práctico de la ciencia de estado, del arte de gobernar, de ese *arte de las artes*, como le llama un padre de la Iglesia.

Tantas y tan exquisitas precauciones, preparativos y enseñanzas, bastan sin duda para formar gobernantes mas ó menos hábiles, segun las dotes naturales con que nació cada uno: pero no bastan

para impedir por entero los excesos del soberano, ni el inmoral ejercicio de la potestad civil. La historia nota, sin embargo, una diferencia inmensa entre las monarquías antiguas y las modernas, entre los soberanos gentiles y los cristianos: y aún en los tiempos modernos, marca mucha diferencia entre las monarquías y gobernantes cristianos disidentes, y los católicos. Incomparables son los despotismos orientales de los Faraones, Azueros, Herodes y Césares paganos, respeto de príncipes como Constantino, Teodocio, Carlo-Magno, S. Luis, y Alfonso el sábio: y no es poca distancia la que separa como gobernates á los reyes católicos D. Fernando y D.^{ra} Isabel, de un Enrique VIII, de una Isabel de Inglaterra, disidentes y reformadores.

La historia nos ha enseñado que los males de una monarquía son inferiores á los males de una democracia: y que una mala democracia es peor que una mala monarquía. Ambas instituciones son como los principios en que se fundan. Es preferible una democracia de buenos principios, á una monarquía de principios absurdos é inmorales. Evitémos equívocos: llamamos *buenos principios*, la doctrina política enseñada por el catolicismo. Preferimos una república católica, como Chile, al ostentoso poderio del reino protestante de Enrique VIII, y á la monarquía irreligiosa de Victor-Manuel.

Aquellas excelencias de la monarquía se truecan en desventuras funestas, cuando la institucion está basada en absurdos é injustos principios, en doctrinas heréticas, que por lo mismo son irracionales y corruptoras. Cuando la monarquía

está cimentada en el catolicismo, es decir, en la verdadera filosofía, la verdadera moral, la mejor legislación, todo coopera á producir, extender, afirmar la paz, la libertad, el orden y la prosperidad de las naciones. Viceversa, cuando se ha cimentado en malas doctrinas, todo coadyuva á producir, ensanchar y perpetuar el error, la injusticia, el desorden; la discordia, la tiranía. La educación, el ejemplo, las costumbres, los libros, las leyes, la instrucción, todo es entonces una fuente perenne de mal para la sociedad.

Corrompidos los principios, las mismas que debieran ser ventajas, se truecan en trascendental y verdadero daño. Suponed un soberano que renegó de la verdad, que pervierte su entendimiento y corazón con doctrinas irreligiosas é inmorales: medita en sus efectos. Volverá un tirano de sus súbditos, alejando la justicia de sus actos, suplantando la fuerza al derecho, anteponiendo su antojo á la voz de la moral, convirtiendo las leyes en medios de su iniquidad, poniendo en tortura las conciencias. ¿Solo este será el mal? No: Este mal duraría cuanto él permaneciera en el trono. Pero como soberano legítimo, heredero directo de la potestad civil, no podeis removerlo, no lo podeis privar de la soberanía sin desquiciar la constitucion natural del estado, sin cometer una injusticia. ¿Se remediará el mal con su muerte? Acaso no. Su hijo, el heredero de la soberanía, será enseñado como él, educado en sus malas doctrinas y proseguirá en la misma perversidad. Como éste, se educarán los demas sucesores del trono. Se buscarán maestros, se escribirán libros, se establecerá un completo sistema de vida, pa-

ra que los descendientes en el gobierno nunca se aparten de la política irreligiosa é inmoral que sus antepasados se propusieron seguir. Y todo conspira al mantenimiento é incremento de la inmoralidad, de la injusta política, de la legislación irracional, de la *tiranía sistemada*.

Estas breves observaciones persuaden que cuando una nación ó su mayoría se han pervertido en su fé y en sus costumbres, y sus clases y partidos, y sus mismos gobernantes se han contaminado con tal perversidad, el mal no se cura con medidas meramente políticas; y que entonces, ni la solidez y magestad de la monarquía, ni la legitimidad inconcusa de la autoridad; ni la previa y esmerada educación del príncipe heredero; ni el arraigo y cohesión de una influente aristocracia; bastan para quitar el mal. La prensa, la educación pública y doméstica, los infortunios y desastres, los atentados del poder, atenúan su desarrollo: pero solamente el catolicismo con su poder sobrenatural puede curarle de raíz: el catolicismo que triunfó con su palabra y su paciencia del sensual, poderoso y al parecer invencible paganismismo, vencerá también todos los errores contemporáneos, como todas las iniquidades de la incredulidad, á todos los poderes corruptores, como á todas las tiranías monárquicas. Un día la mano de Dios tocará el alma de esos monarcas y magnates que dirigen los sucesos del mundo, y todo un sistema antiguo de iniquidad y opresión vendrá por tierra.

VIII.

La tiranía aristocrática. — Oligarquía. y aristocracia. — Preeminencias por la riqueza, por el nacimiento, por el saber, por la virtud y por el mando.

NO es lo mismo *aristocracia* que *oligarquía*. Aristocracia es el gobierno de los principales: y oligarquía el gobierno de unos pocos. Toda aristocracia es una oligarquía: pero no toda oligarquía es una aristocracia. ¿Por qué? porque el gobierno de los principales es el gobierno de pocos, puesto que en cada estado son pocas las personas principales en cualquiera género: y á veces los pocos que gobiernan en una nación, no son los principales, los próceres. La aristocracia se refiere á las cualidades, á la excelencia de las personas; y la oligarquía se refiere al *número* de ellas.

Una persona puede ser principal por su nacimiento, por su educación, por su saber, por su riqueza, por su autoridad. Y estas cualidades pueden ser y son otros tantos títulos de excelencia, de aristocracia. Hay aristocracia de la sangre, de la civilización, del saber, del dinero, del poder. Tal persona puede ser de una estirpe ilustre, contar entre sus ascendientes, gloriosos nom-

bres, príncipes ó reyes; y ser á la vez de una educacion viciosa, de una ignorancia notable, de poca ó ninguna fortuna, sin autoridad ó mando. Tal otro puede ser de muy esmerada educacion, por sus prendas intelectuales ó morales, por su laboriosidad é industria; y no tener una ilustre genealogía, ni vastos conocimientos, ni copiosa fortuna, ni dignidad ó mando. Aquel puede tener vastos conocimientos, juntos con un origen vulgar, una conducta viciosa, falto al par de riqueza que de autoridad. Esotro cuenta un caudal tan crecido como su ignorancia; su educacion vulgar iguala con su origen ordinario y su carencia de influjo y de poder: en fin, elevado al poder por el ciego capricho de los torbellinos revolucionarios, no tiene un caudal previo al adquirido por sus abusos del mando, es tan ignorante como desmoralizado; y es tan comun en su educacion, como es bajo en su estirpe. Hállanse, finalmente, y se han visto á veces, y en una sociedad bien moralizada, personas que así sobresalen en su poder como por su hacienda; tan eminentes por su prosapia como por su ciencia; que son dechados en su educacion intelectual, moral é industrial. Esta es la aristócrata perfecta, pero rara.

Si el conjunto de estas prendas y dotes eminentes constituye la escogida nobleza, una verdadera aristocracia, cada uno de aquellos elementos constituye otra de inferior calidad, que no es de igual mérito esencial, de igual consistencia política. La aristocracia del dinero, si tal puede llamarse, es inestable como los caprichos de la fortuna, ordinariamente mira mas por la riqueza que por la justicia, y atiende mas al incremento de los negocios

que al aumento de las buenas costumbres: el apego á las riquezas tiene cierta incompatibilidad con el amor de la moral y de la piedad. La aristocracia de la sangre, lo que se llama la nobleza, ha caido en cierto desprestigio, y al juicio de ciertos hombres es algo absurda y ridícula. Cuando se ridiculiza no se juzga con buen criterio: se toma el peor aspecto para mirarla: no se discurre con filosofía. Todo el linage humano desciende de una sola familia: no hay por lo mismo diferencia esencial en los humores y la sangre: nadie ha nacido con título peculiar para mandar á los demas: pero la naturaleza misma establece y no quita jamas una graduacion natural en la inteligencia, en el saber, en la virtud, en el valor, en la propiedad. Dios infunde al género humano un sentimiento de subordinacion y dependencia en los diferentes grados de estas escalas sociales. Las cualidades relevantes de una persona, le dan cierto rango y distincion entre los otros de su clase. Hay en las familias cierta solidaridad natural en los méritos y deméritos de las genealogias. Las antiguas leyes civiles representando esta graduacion, la clasificaron: y queriendo perpetuarla por su utilidad política, le fijaron ciertas preeminencias, fueros y distinciones, trasmisibles á los descendientes. Aun hoy en nuestros tiempos de razonamiento, de igualdad y de abolicion de noblezas, vemos que los gobiernos honran en los hijos los grandes servicios que los padres hicieron á las naciones, á los gobiernos y aun á los partidos. La fuerza de la naturaleza es muy superior en intensidad y perseverancia á los empujes de las pasiones políticas.

La nobleza de la educacion ó civilizacion es como la civilizacion ó educacion en que se funda. Es un hecho constante en cualquiera nacion, que hay una minoría de personas que sobresalen entre la muchedumbre, por su cultura: que esta se manifiesta en la conversacion, los modales, el traje, la manera de vivir y los escritos. Imposible seria fijar exactamente los grados de esa escala, que comienza en la mas estúpida rusticidad, y acaba en la elevacion de la inteligencia, en los sentimientos exquisitos, y en las acciones nobles. El filósofo, y el político solo pueden percibir, marcar y computar en sus combinaciones, aquellos puntos mas sobresalientes, señalados en cada clase ó persona, por su estado, su carrera, su gerarquía, su propiedad. El sentido comun jamas confundirá la civilizacion del sacerdote con la de su feligres aldeano, la del obispo y general con la del exorcista y el soldado, la del abogado y médico, con la de sus sirvientes, la del hacendado con la de sus peones. Mas ¿toda civilizacion y toda elevacion son un beneficio público? ¿Cualquiera de ellas puede ser un escudo contra la tiranía?..... No ciertamente. Hay una civilizacion verdadera y muchas falsas: aquella es el bien y la honra de las naciones; estas son su desdoro y su ruina: aquella impide ó enfrena la tiranía; estas la producen, la fomentan y sostienen. La verdadera civilizacion jamas excluye la moral, y vive solo en el catolicismo: las civilizaciones falsas se desvian de la moral, viven de imposturas y están enconadas contra la fé ortodoxa. La buena civilizacion no es solamente la industria, ni solo la moral, ni solo las letras: la nacion industriosa, sin letras y bue-

nas costumbres, será rica, culta, artística, pero no civilizada: la que florezca en letras, sin ser moralizada é industriosa, será letrada, docta, pero no civilizada: si fuere solo recta en sus costumbres, sin literatura é industria, será una sociedad honesta, con elementos esenciales para civilizarse; pero estaria en germen su civilizacion. La nacion adelantada en todos los géneros de industria ó letras, dirigida por la buena moral, será sin duda una sociedad verdaderamente civilizada.

La aristocracia de la virtud seria inconcusamente preferible á todas. ¿Y dónde se hallará? ¿Cómo asegurarse de ella? ¿Es acaso la virtud lo mas notable en la sociedad y lo mas honrado entre los hombres? ¡Ah! Es un tesoro escondido: es la preciosa margarita que se pierde entre las inmundicias de los errores y de los vicios de la muchedumbre. ¿Quién fijaría los grados de virtud? ¿Quién clasificaria los que son ó no son virtuosos? ¡Ah! ¡Son tantos y tan errados los juicios humanos respecto de la virtud! ¿Cuántos se tienen por virtuosos y honrados? El interes, la pasion, el parentesco y el rumor vulgar dan reputacion de virtud á hipócritas y malvados. ¿Cuántos virtuosos al contrario son despreciados, deturpados y calumniados, á pesar de su intachable proceder?.... La esencia misma de la virtud es asunto de disputa, y de impropias y maliciosas denominaciones. Lllaman unos virtud á la puntualidad en los contratos, aunque concurra con la irreligion y la deshonestidad: tienen otros por virtuoso al que no es un malhechor y da ejemplos de dadivoso y servicial, aunque atesore con medios inmorales ó tenga costumbres licenciosas. El extravio del jui-

cio suele llegar á tanto en este punto, que suele llamarse virtud evangélica la rebelion, libertinage y descarríos de un sacerdote relajado, y se nombra soberbia, desenfreno, y desobediencia, á la perseverancia de los prelados y ministros, en arrostrar trabajos y penas, primero que atropellar sus deberes religiosos, La virtud seria la muerte de la tiranía, pero siendo tan dificultoso sentarla como base de las leyes constitutivas del poder público, presiso es no limitarse solo á su influencia y á su eficacia.

La aristocracia del mando, con mas propiedad puede llamarse una oligarquía. El mando es una cualidad accidental, y no invariable, como la genealogía ó la educacion. Cuando el mando se radica en algunas clases ó familias, puede, formar una aristocracia, de la misma naturaleza que las personas que lo ejercen. Recta y benéfica, cuando lo son quienes mandan: vulgar, superficial y nociva, si son así los que gobiernan. Se forma entre ellos cierto interés comun de sostener el poder y hacer efectiva la obediencia, y se siguen en la gerarquía civil los principios que dominan en los gefes ó soberanos. No es, sin embargo, un preservativo de la tiranía: es quizás un modo de ejercerla con firmeza.

¿A qué conducen, preguntarán algunos, esos rasgos descriptivos de la aristocracia y de la oligarquía, y esa enumeracion de sus especies? ¿Qué prueban en un escrito contra la tiranía? No es difícil percibirlo. Hay en muchos la ilusion de que la tiranía ó la libertad están en la esencia de las formas de gobierno. Temerosos de los desпорtes de un monarca absoluto, y horrorizados d

los excesos, turbulencias y devastaciones de la demagogia, fecunda en tiranos ruines y osados, quieren refugiarse en la oligarquía ó la aristocracia, para salvarse de la tiranía de los reyes ó de las facciones populares.

Ningun medio que mantenga ó favorezca el origen de la tiranía, impedirá jamas, ni su incremento, ni su propagacion, ni sus abominables frutos. Si la inmoralidad está de asiento en los que mandan, sean de una clase ó de otra, sean monarcas ó aristócratas, sean pocos ó una muchedumbre, la tiranía reinará. ¿Y acaso el dinero, el mando, el saber, la prosapia, son incompatibles con la moral? Sí? En tal caso quien los tenga será moralizado: estos elementos serian un eficaz preservativo contra la tiranía No? Poco se adelantará con ellas: y decimos poco, porque siempre rebajan un tanto á la inmoralidad, la riqueza, las letras, los recuerdos de familia, el ejercicio de la potestad: estas cualidades ponen al hombre en posicion culminante, interesan el amor propio en el bien parecer, le ligan con una sociedad mas templada y regular, y la depravacion, ó se contiene en su desarrollo, ó se reprime en sus furores. Por eso la aristocracia, modera, regulariza: pero no extirpa, no impide la tiranía. Esto hace solo la aristocracia de la virtud: ¿pero cuán rara es en el mundo, y qué dificultoso sentarla de firme y de continuo en los altos asientos de los que ejercen el mando supremo!